

Hebrón era una población hittita, centro de una antigua civilización, heredada en parte por la tribu de Judá. Era lógico que se convirtiera en capital del nuevo Reino. Es cierto que por su latitud estaba a gran distancia de las tribus del Norte, pero en tales casos no suele ser gran dificultad una situación apartada. Ni París ni Berlín están en el centro de sus respectivas naciones.

Es difícil determinar los motivos por los que David dejó una ciudad con derechos tan antiguos y evidentes, por una población como Jebus, que todavía no le pertenecía. Quizá le pareció demasiado judaíta, y no quiso ofender la susceptibilidad de las diversas tribus, sobre todo la de Benjamín. Necesitaba una ciudad neutral que no tuviera pasado, y por eso indudablemente no pensó en escoger como capital a Belén, que era su patria. La colina ocupada por los jebuseos estaba precisamente en el límite de Judá y Benjamín, y muy próxima a Belén.

Estaba situada en una posición ventajosa. Una gran capital no habría podido seguramente existir en aquel lugar, pero estos pueblos no tenían afición ni estaban acostumbrados a las ciudades grandes. Lo que querían eran ciudadelas fáciles de defender. La Jerusalén de los jebuseos reunió estas condiciones. Los jebuseos decían que su ciudad era inexpugnable.

La ciudad jebusea estaba compuesta de la fortaleza de Sion, que seguramente estaba situada donde ahora se halla la mezquita El-Aksa, y de

una ciudad baja. David tomó la fortaleza de Sion, dio la mayoría de los terrenos de alrededor a Joab y probablemente dejaría la ciudad baja a los jebuseos. Éstos, reducidos a una situación inferior, se atrofiaron ante el nuevo contingente israelita, así es que la zona de Ofel no ha tenido ninguna importancia en la historia de Jerusalén.

David rehizo la ciudad alta de Sion, la ciudadela o *milló*, y todos los barrios vecinos. Aquello se llamó la ciudad de David. El dinero que había obtenido con sus bandidajes le permitía grandes construcciones. Tiro era entonces el centro de la civilización en la Siria Meridional. Las artes, y en particular la arquitectura, estaban muy desarrolladas. Por eso acudieron de Tiro a Jerusalén un tropel de constructores, canteros, carpinteros y enormes cargas de materiales que no se producían en Judea. Dichos hombres hicieron varias edificaciones, como nunca las había visto parecidas la tierra de Canaán.

David estableció en Israel una capital que hasta entonces no había tenido. Mucho tiempo hubo de transcurrir para que Israel la adoptase, pero la piedra angular ya estaba puesta, y como el mundo entero compartió las simpatías y los odios de Israel, Jerusalén se convirtió en la capital de la humanidad, y aquella colinita de Sion en el polo magnético del amor y la poesía religiosa del mundo. David verdaderamente creó Jerusalén. Convirtió una antigua acrópolis, testigo de un mundo inferior, en un centro, débil al principio, pero que no tardó en ocupar un lugar de primer orden en la historia moral de la humanidad. A lo largo de siglos, la posesión de Jerusalén será el objeto del batallar del mundo. Una atracción irresistible hará que los más diversos pueblos acudan allí. Esta colina pedregosa, sin horizonte, sin árboles y casi sin agua, hará aliterarse de alegría los corazones a millares de leguas.

Cada engrandecimiento de Israel lo representaba para Jehová. El jehovahismo, hasta entonces poco organizado, va ahora a tener una metrópoli y un templo. Se necesitarán cuatrocientos años para que esta metrópoli sea exclusiva entre todos los lugares del culto; pero el lugar ya está fijado y entre todas las colinas que Jehová podía escoger queda marcada ésta. El campo del combate religioso ya está delimitado.

David inconscientemente hizo posible estas grandes designaciones humanitarias. Pocas naturalezas habrán existido menos religiosas. Pocos adoradores de Jehová sintieron menos la justicia que había de ser el porvenir del jehovahismo. Jehová no era más que su dios protector, el dios que ayuda a sus favoritos. Además, Jehová era muy útil y daba oráculos bellísimos con el *efod* de Abiatar. A David y a su séquito no les repelía en absoluto el nombre de Baal. David no tuvo la menor idea de lo que llegaría a ser aquella religión de Jehová en manos de los grandes profetas del siglo VIII.

Pero fundó Jerusalén y fue el padre de una dinastía íntimamente asociada a la obra de Israel. Esto era suficiente para designarle en las leyendas futuras. Nunca se toca impunemente, aunque sea indirectamente, a las grandes cosas que se elaboran en el secreto de la humanidad.

Veremos de siglo en siglo esas transformaciones. Veremos cómo el

bandido de Abullam y de Siklag toma poco a poco el aspecto de un santo. Será el autor de los salmos, el tipo del Salvador futuro. ¡Jesús tendrá que ser nieto de David! ¡Se falseará la biografía evangélica en muchos puntos por la idea de que la vida del Mesías debe ser análoga a la de David! Las almas piadosas, al deleitarse con los sentimientos resignados y melancólicos, encerrados en el más hermoso de los libros litúrgicos, creerán estar en comunión con este bandido. La humanidad creerá en la justicia final por el testimonio de David, que jamás se acordó de ella, y de la Sibila, que no ha existido nunca. *¡Teste David cun Sibylla!...* ¡Oh divina comedia!